

Con la música a otra parte

■ Por vocación y afinidad, gran parte de mis amigos son escritores o artistas. En mi biblioteca hay una gran cantidad de volúmenes de obras literarias que me he apresurado a leer cuando ellas han aparecido, interesado en saber y saborear lo que mis amigos habían creado. Varios de los cuadros que cuelgan en las paredes de mi casa son de pintores, dibujantes y grabadores con los que me une además del placer estético por lo que ellos hacen, una franca amistad. Asisto regularmente a estrenos teatrales en que o la obra pertenece a un amigo, o la ha dirigido o actúa en ella.

En todos esos casos, preciso es subrayarlo, no se trata de un compromiso de amistad, sino de un real interés por lo que ellos hacen, crean y producen.

Y también tengo amigos compositores musicales. Pero sólo de uno de ellos tengo un disco con sus composiciones. No me lo regaló, sino que se lo compré. Editar un disco de música culta en este país es cosa seria y el compositor amigo para poder pensarlo había tenido que efectuar un fuerte desembolso. Lo lógico era que sus amigos cooperáramos.

Pero este disco así adquirido, testimonio del talento creativo musical de mi amigo, no lo escucho nunca. Llegado el momento de tranquilidad para escuchar música, reviso mis discos, aparece éste, lo miro, lo dejo cuidadosamente de lado y pongo en la tornamesa un Vivaldi, un Bach, un Haydn o cualquier otro clásico.

Yo creo que lo que a mí me sucede, es ejemplar de lo que le ocurre a todo aficionado a la música. Existe un desinterés que raya en el prejuicio con toda obra musical que no tenga aproximadamente un siglo de existencia. Nos interesa escuchar lo que ya conocemos y la audición de una composición nueva no despierta ni siquiera nuestra curiosidad.

¿Por qué? ¿Será porque la música, entre todas las artes, es la más intemporal?

Lo cierto es que el compositor musical, entre todos los artistas contemporáneos, se encuentra en una enorme desventaja. Su talento, su capacidad creadora deben competir día a día con los genios musicales que ha ido atesorando la humanidad en la historia de su civilización y cultura.

No le sucede eso a un Jorge Díaz que no tiene necesidad de que se le compare con Shakespeare; ni a un Nemesio Antúnez con Goya; ni a una María Cánepa con la Bernhardt; ni a Jorge Edwards con Cervantes.

El año 1952, en Venecia, se llevó a cabo bajo los auspicios de UNESCO una conferencia Internacional de Artistas. En esa reunión usó la palabra en nombre de los compositores, Arthur Honegger quien, entre otras reflexiones, dijo lo siguiente en relación a su oficio en el mundo contemporáneo:

"El oficio de compositor tiene la particularidad de ser la actividad, la ocupación dominante de un hombre que se empeña en fabricar un producto que nadie desea consumir. Yo lo comparo al fabricante de sombreros, de botas con botones o de corsés. Bien sabemos hasta qué punto desdeña hoy el público estos objetos que ayer eran el signo de la más refinada elegancia. En música —y mi comparación resulta así equivocada— lo que el público quiere es lo que se fabricaba hace cien años. Para él, el arte musical se reduce a la ejecución de obras clásicas y románticas, añadiendo, en el mejor de los casos, algunas páginas modernas que hayan pasado ya un tiempo suficiente en el purgatorio. El compositor contemporáneo es una especie de intruso que se empeña en sentarse a una mesa a la que no le han invitado".

Después de releer estas amargas palabras de tan ilustre artista sólo me queda, para alivianar mi conciencia, sentarme a escuchar el disco de mi amigo.

O, mejor, dejémoslo para mañana.

Tengo un disco nuevo de Mozart...

PARTIQUINO